

## L.A.Murder

Los Angeles

Julio, 1947

La luz se filtraba por las rendijas de la cortina metálica dejando en un claroscuro el rostro y parte de la oficina. Me giré al oír como se abría la puerta del despacho, más allá de la mesa donde se encontraba la botella de escocés ella atravesó la habitación, como nunca nadie antes había recorrido esos pocos metros.

Su vestido satinado iba a juego con su pelo de color fuego y el color de sus labios. Sus grandes ojos verdes se cruzaron con mi mirada y supe que era de esas mujeres que huelen a perfume caro y a problemas... y nunca me equivoco en cuanto a olores se refiere.

Había aceptado el caso. ¿Quién sería el estúpido que no lo hubiera hecho? Además me había dado 50 pavos por adelantado. Ahora mismo me dirigía al hipódromo a ver a Spencer, un fotógrafo amigo mío, él me iba a poner en contacto con Joe el Rata, un antiguo socio de Larry Sullivan, el prometido desaparecido de mi bella cliente, de quien me había dado una foto.

Joe el Rata, era uno de esos tipejos bajitos, con cara de poco amigos, puro nervio. Se encontraba junto a una de sus amiguitas viendo las carreras de caballos, se deshizo de ella enviándola a por más cerveza. Nos contó que hacía tiempo que no veía a Larry, antes habían sido socios montando timbas ilegales, después empezó a juntarse con otra gente, más selecta. Solía frecuentar un local de moda, *La Belle Fleur*.

Un par de pavos me valieron esa misma noche, para que Rachel,

camarera de *La Belle Fleur* soltara algo de información jugosa. En este mismo local hacía unos meses era donde cantaba Christine, la chica que había contratado mis servicios, y ocupaba la mayor parte de mis pensamientos. También me relató que en la foto faltaba Barrymore, dueño del local y que éste junto a Christine y Larry eran muy buenos amigos. Acabé mi margarita y me marché a casa.

Estaba desayunando un Bloody Mary, pues me dolía la cabeza de tanto alcohol de la noche anterior, cuando un contacto que tenía en la policía me dijo que habían encontrado al pobre de Sullivan, en un coche junto a la playa de Santa Mónica con un póquer de plomo en su cuerpo.

Por suerte para mi, el detective al cargo era un viejo amigo de cuando estuve en homicidios y pude inspeccionar la escena del crimen. No había duda, Era Larry Sullivan, cosido a balazos en el costado derecho. Había varias colillas en el cenicero, todas de Lucky excepto una de mentolado.

Cerca del coche había una cafetería, el *Breakfast and dinners Santa Monica*. Estuve por ahí preguntando por si alguien había visto algo. Estaba mirando las tetas de Sue mientras me servía otra taza de café y vi como uno de sus compañeros salía corriendo. El muy hijo de puta casi acaba conmigo. Debo volver a hacer gimnasia, uno no tiene veinte años siempre. Resulta que era Tomás, un espalda mojada que trabajaba ahí de forma ilegal. Le amenacé con devolverlo a Tijuana, El Paso, o de donde mierda fuera sino me decía porque había salido corriendo. Cagado de miedo me relató que ayer estaba tirando las basuras detrás del bar cuando oyó unos disparos y poco después vio como un sedán blanco abandonaba la zona a toda velocidad.

Mi trabajo había concluido, así que llamé a Christine para decir que su novio había aparecido, aunque ahora le debía pagar

una caja de pino.

Christine vino a la oficina toda de negro, con velo y todo. Aún así era muy sugerente, y no podía parar de mirarla. ¡Me estaba volviendo loco!

Tras media hora hablando, no se como lo había conseguido, me pidió que la protegiese, que se encontraba en peligro. Resulta que ella no era la novia de Sullivan sino que eran socios junto a Barrymore en un oscuro negocio de chantaje que le habían hecho a un tal Hofmann, un productor de Hollywood, que vivía en Santa Bárbara. Según ella, Barrymore tenía la pasta y ahora iría a por ella después de acabar con Larry.

No se que tenía esa chica que no podía decirle que no. Así que esa misma noche fui a ver a Barrymore a su local, *La Belle Fleur*. Barrymore era uno de esos hombres hechos a sí mismo. Se codeaba con el alcalde, el jefe de policía, jueces... esa chusma que controla la ciudad de Los Angeles, aunque a ninguno de ellos les he visto alas. Pude hablar con Barrymore durante unos minutos hasta que me soltó a sus perros de presa.

Antes de dejarme la cara como un mapa, me dijo que el no había matado a Sullivan pero que lo hubiera hecho encantado, ya que según él, también se la habían jugado, y no tenía y un pavo de la pasta del chantaje a Hofmann.

Con la cara marcada y un par de whiskies de más, fui a ver a Christine a su domicilio. ¿Porque lo hice? No lo se, pero quería verla. La puerta de su casa estaba abierta. Mala señal. Todo estaba patas arriba una vez dentro. Ni rastro de la pelirroja. Solo una colilla de mentolado.

Tuve una corazonada, si nadie tenía la pasta, puede que ...

Cogí mi Cadillac y fuimos yo y mi Colt Detective Special 32 hasta Santa Bárbara. No me costó encontrar la fabulosa mansión de Hoffman y colarme con nocturnidad y alevosía.

Ahí dentro, estaba el gordo seboso de Hoffman y la bella Christine, desnudos y jugando a juegos que no son precisamente para niños. Todo había sido un montaje y yo había sido un peón más en su retorcida partida. Sentí el frío acero de un revolver en mi cogote. ¡La había cagado hasta el fondo!

Aún ahora puedo oler su ambriagadora fragancia y a tabaco mentolado aquí en el muelle, con los pies unidos a un bloque de cemento, momentos antes que me convierta en pasto para los peces.